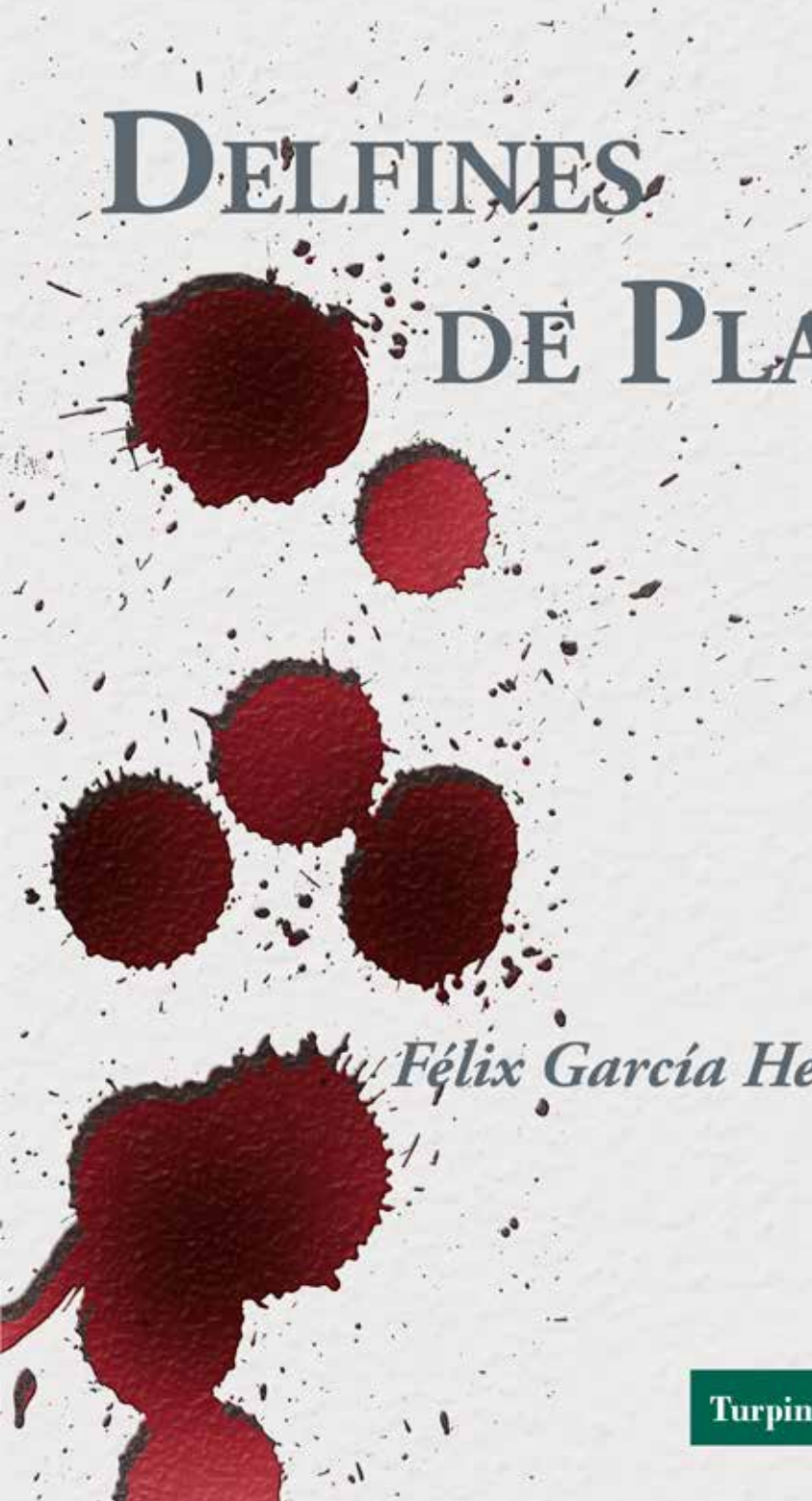
Delfines de Plata



Félix García Hernán

Turpin Editores

Delfines de Plata

FÉLIX GARCÍA HERNÁN

Delfines de Plata

Turpin editores

© Félix García Hernán, 2015
Nº de asiento registral: 16/2015/1212

© 2014 Turpin Editores S.L.
e-mail: turpin@graficasalmeida.com

Producción: Gráficas Almeida
almeida@graficasalmeida.com
Diseño y maquetación: yurema@graficasalmeida.com
Impreso en España

ISBN: 978-84-942682-9-8
Depósito Legal: M-14140-2015

Reservados todos los derechos.
Esta publicación no puede ser reproducida o transmitida, total o parcialmente, por cualquier medio, electrónico o mecánico, ni por fotocopia, grabación u otro sistema de reproducción de información, sin el permiso por escrito del titular del copyright para esta edición.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A mi hijo Sergio

ADVERTENCIA

Esta novela ha de valorarse como producto de la imaginación del autor. Por tanto, no debe inducir a atribuir conductas, acciones o palabras concretas a ninguna persona existente o que haya existido en la realidad.

Y los delfines con alegres señas
entre las aguas sosegadas bullen
y en círculos de plata se zambullen.

Lope de Vega

I

El termómetro digital de la plaza marcaba tres grados bajo cero. A pesar de lo temprano de la hora, las siete de la mañana, el tráfico era tan denso en la calzada como en las aceras, por donde abrigadísimos peatones caminaban con paso vivo, con miedo a empezar la semana llegando tarde al trabajo. Sólo la pareja de leones, forjados con el bronce de los cañones tomados al enemigo en la batalla de Wad-Ras, se mostraban indiferentes al impacto del brusco cambio de temperatura que se había efectuado en las últimas horas. Dos policías nacionales, que hacían guardia un par de peldaños por encima de los felinos maldecían en voz baja, mientras se frotaban las manos enguantadas dejando colgar desvaídamente de sus hombros los subfusiles. Todavía quedaba casi una hora para el amanecer. Pero el ritmo frenético ya se había apoderado de la ciudad.

En el recoleto jardín de la plaza, la figura de Cervantes, desde su alto pedestal semejaba el jefe de pista de un circo americano poniendo orden en todo ese bullicio. Enfrente, el anciano e imponente edificio del Congreso, aún entre tinieblas, se mostraba ajeno a todo este fragor, indiferente a los problemas cotidianos de los ciudadanos a los que legislaba.

A muy pocos metros, el ajetreo se había apoderado también de los tres hoteles que escoltaban al Congreso de los Diputados. La mole majestuosa del Palace miraba por encima del hombro a sus dos colegas, el Don Quijote y el Atheneum, sabiéndose más alto, más veterano y creyéndose más exclusivo que ellos. Pero el día empezaba de la misma forma en los tres. En el Atheneum, una brigada de limpiadoras se afanaba en adelantarse a los primeros clientes dejando impoluto el hall que rodea la recepción. Los camareros terminaban de montar la sala de desayunos que en pocos minutos estaría repleto de clientes demandado con urgencia el café con el que acompañarían al zumo de rigor y las provisiones que se habían servido de los repletos bufés.

El personal de recepción estaba efectuando el cambio de turno. Luis Esteva, recepcionista de noche, que debido a la alta ocupación apenas había tenido tiempo de dar una cabezada durante su turno, estaba deseando llegar a casa para acostarse, aun sabiendo que no tardaría mucho en despertarse. Llevaba más de veinte años haciendo ese turno en diferentes hoteles y no recordaba haber dormido seguidas más de tres horas. «Puta noche, no me voy a acostumbrar nunca» pensó, recordando que cuando no eran los ruidos de la calle eran los de dentro de su casa los que terminaban despertándole. Pero por otro lado, aunque había tenido ocasión varias veces de cambiar a los turnos de día, no lo había hecho. Por la noche no había jefes y tenía la impresión de ser el "factótum" del hotel a esas horas. El trabajo era mucho menor y las ocasiones en que se presentaba el director general o alguno de los propietarios eran escasísimas y él ya había desarrollado un sexto sentido para

adivinar su llegada antes incluso de que hubieran traspasado la puerta automática.

El Atheneum era un recién llegado a la hostelería madrileña, pero en los apenas cinco años que llevaba abierto, se había labrado ya una reputación de hotel vanguardista y rompedor. A ello ayudaba, sin duda, el tradicional inmovilismo de la mayor parte de su competencia en la ciudad. A la apuesta de sus propietarios por una decoración audaz, se unía la calidad de los materiales empleados en su construcción y la gran cantidad de objetos de arte que sabiamente diseminados entre sus ciento cincuenta habitaciones y salones, otorgaban a los huéspedes la impresión de ser propietarios de ellos, aunque sólo fuera por unas horas. Pero el reto había ido mucho más allá del *hardware* empleado en su construcción. Salvador Cano, su director, se había sabido rodear de un equipo de colaboradores de primer orden, entre los que destacaba el jefe de cocina, que había pasado de ser una promesa a consolidarse como uno de los príncipes de los fogones de la restauración madrileña. Hacía un tándem perfecto con Jesús del Pino, director de comida y bebida y premio nacional de gastronomía, que había recorrido todos los peldaños de su profesión y estaba pendiente de todos los detalles para conseguir de sus camareros un servicio eficiente y servicial, nunca servil. Entre todos ellos habían logrado que el Atheneum se convirtiera en el nuevo faro del "afterwork" madrileño, así como el punto de referencia de la "gente guapa" nocturna que vagaba de local en local, pero que tenía el bar de Atheneum como parada obligatoria.

La noche anterior el hotel había cerrado con sus ciento cincuenta habitaciones ocupadas. Para ese día se esperaban

cuarenta y ocho reservas, lo cual implicaba que al menos otras cuarenta y ocho habitaciones deberían quedar libres antes de las doce de la mañana. Carlos del Valle, Jefe de recepción que ya se había incorporado a su puesto, sabía que muchas de esas cuarenta y ocho reservas llegarían en el transcurso de la mañana, por lo que no podrían darles la habitación hasta que las camareras las hubieran limpiado. En definitiva, tendría que luchar con las malas caras que con seguridad le pondrían muchos de esos clientes al no poder acceder inmediatamente a su habitación.

El hall principal ya empezaba a adquirir su habitual actividad matutina cuando Akín Okafor abrió la puerta de servicio de comunicación y lo atravesó para llegar a la entrada principal. Según caminaba iba saludando a los clientes y empleados con los que se cruzaba mientras comprobaba que su uniforme se encontraba en orden. Golpeó con la mano algunas arrugas que quedaban en su levita de lana blanca y se aseguró de que la gorra de plato encajaba perfectamente en su cabeza. No necesitó revisar sus zapatos de charol. Acababa de dedicar a ellos cinco minutos para dejarlos impolutos.

Al llegar a la entrada abrió ceremoniosamente la pequeña alacena donde guardaba un intercomunicador que encajó en su oreja izquierda y que le serviría para recibir las instrucciones que le vendrían dadas desde la recepción. Salió a la calle para comprobar si ya había taxis en la parada situada a pocos metros del hotel. La crisis también afectaba al sector del taxi, pensó. Más de veinte de ellos esperaban pacientemente en la parada, con la esperanza, que muchos verían defraudada, de conseguir una buena carrera al aeropuerto. El frío de la mañana le azotó en el rostro. Se

estremeció. Que diferente de la agradable temperatura matutina de su Nigeria, donde no recordaba que bajara nunca de los veinte grados.

No tuvo mucho tiempo de pararse a pensar. Ya tenía un cliente que demandaba un taxi. Sacó su silbato y lo hizo sonar, abriendo la puerta del vehículo al cliente mientras le obsequiaba con una sonrisa, que fue correspondida con una moneda de dos euros.

Según volvía a su sitio observó, treinta metros más a su derecha como el personal seguía entrando por la puerta de servicio. Saludó con la cabeza a su paisano Abdul, miembro del personal de mantenimiento del hotel. Abdul, nigeriano también, provenía de la capital Abuya. Realmente el puesto de trabajo que tenía en el hotel se lo debía a Abdul, que había intercedido por él cuando quedó libre una de las plazas de portero. Aunque desde luego había ayudado mucho a conseguirla el impactante físico de Akín, que a sus 28 años, lucía imponente desde su metro noventa de estatura y su bien proporcionada y desarrollada musculatura, fruto de sus tres sesiones semanales de gimnasio, así como su dominio del inglés y francés. Abdul y Akín se veían a menudo fuera del hotel, aunque no podría definirse como amistad íntima lo que había entre ellos. Abdul, musulmán, llevaba mal el cristianismo de Akín, e intentaba por todos los medios convencerle para que acudiera con él a la mezquita de la M-30, con la idea de que paulatinamente cambiara de religión.

Una vez Abdul hubo desaparecido por la puerta de servicio, en la lejanía creyó ver como Amelia Bermejo, la gobernanta general del hotel doblaba la esquina de la plaza y se dirigía también hacia la puerta de servicio. Sin embargo,

no detuvo su camino al llegar a ella y siguió andando hasta la puerta principal. Cuando llegó a la altura de Akín, en vez de saludarle, reclamó la atención del mozo que estaba limpiando una de las cristaleras exteriores del hall. Habló con él un par de minutos y obviando de nuevo a Akín regresó de nuevo hacia la puerta de servicio. A pesar de no hablarle, pasó por su lado casi rozándole.

Akín sintió como le flaqueaban las piernas. El aroma que llevaba Amelia era el que había olido una hora y media antes, cuando después de ducharse, ella se había acercado a él en la cama para besarle en la boca.

Akín se olvidó por un instante de su trabajo mientras la admiraba por detrás, disfrutando del recuerdo de cómo la había desnudado la noche anterior mientras ella temblaba de pasión. Amelia acaba de cumplir cuarenta y tres años, pero seguía teniendo el cuerpo de una adolescente. Morena, de mediana estatura y pecho generoso, a pesar de no ser en absoluto lo que se denominaría como un "bellezón", había algo indefinible en su porte que llamaba la atención de los hombres. Muchos la catalogarían como de "paso universal", es decir la clásica mujer que de una manera u otra atrae a todos por igual. Akín en concreto sentía una atracción irresistible por ella. Habían empezado a verse a escondidas hacía apenas dos meses, pero ya estaban durmiendo juntos prácticamente todas las noches. Amelia se derretía en sus brazos. Pero a él le pasaba lo mismo. Tenía que acallar como podía los gritos de ella cada vez que llegaba al orgasmo, para que Faith y Patience, sus hijas mellizas que dormían en la habitación de al lado no se despertasen. En estos dos meses los dos habían entrado en un estado de febril pasión que sería muy fácil confundir con el amor.

Intentó mantener los restos del aroma de ella en su memoria. Estaba deseando ya que llegara la tarde para de nuevo entrar en su cuerpo, sentir como ella palpitaba con una extraña fuerza durante minutos que a él se le antojaban eternos, antes de soltarle dejándole la espalda marcada con los surcos producidos por sus uñas, liberando de esta forma la imposibilidad de poder gritar.

La noche ya había desaparecido y la luz de un día gris y plomizo se había apoderado de la plaza. Eran cerca de las ocho y media cuando Salvador Cano llegó caminando a la puerta principal. La proximidad de su vivienda habitual hacía que el director del Atheneum no necesitara utilizar el coche para acercarse al hotel.

Sonrió a Akín y le saludó por su nombre. El botones de guardia en el hall se cuadró casi militarmente cuando Salvador pasó a su lado. A cinco metros de la recepción saludó al jefe de esta, inquiriéndole en un lenguaje de señas sólo conocido por ellos si todo estaba en orden. Al asentir el jefe de recepción se dirigió a su despacho. Aún no había llegado su asistente. Se sentó frente a su mesa y echó un vistazo a la hoja de producción y el parte de novedades. Al observar que todo estaba correcto, sonrió satisfecho y se dirigió a la sala de desayunos.

Tres plantas más arriba, en su minúsculo despacho, Amelia tuvo que cerrar la puerta, sentarse y aferrarse a la mesa ya que no podía impedir el estremecimiento que se había apoderado de su cuerpo. El morbo de la visita que acababa de hacer a la entrada principal, el haber estado a tan poca de distancia de Akín, sin atreverse a hablarle, había disparado la adrenalina de su cuerpo más que las dos veces que habían hecho el amor la noche anterior. Sabía

que tenía que calmarse, que no podía enfrentarse así a su ejército de camareras, que esperan unos metros más allá sus instrucciones. Era perfectamente consciente de la locura que estaba cometiendo, pero ni podía ni quería ponerle fin. Instintivamente extrajo de su cuello la medalla de la Virgen de la Luz que siempre llevaba. La besó atropelladamente y la volvió a colocar en su sitio. Al hacerlo, no puedo resistir la tentación de introducir la mano por debajo de una de las copas del sujetador y acariciar el pezón. Notó como este se erizaba. Al recordar como Akín lo había besado mientras la penetraba, lo pellizcó con fuerza. El dolor la hizo reaccionar. Respiró profundamente, se alisó el uniforme, cogió de la mesa su carpeta y abrió la puerta, dispuesta a enfrentarse con el complicado día que le esperaba.

En el primer sótano, Abdul ya se había puesto el uniforme negro de mantenimiento. Recibió de su jefe las órdenes de trabajo y se dispuso a acudir a uno de los salones, donde la climatización había fallado. No le había pasado inadvertida la presencia de Akín en la puerta, de hecho conocía de memoria todos sus turnos de trabajo. Sonrió mientras empezaba la reparación del termostato del salón. Todo estaba saliendo según lo previsto.

II

Salvador Cano había elegido una de las mesas de rincón de la sala de desayunos. Desde allí no daba la espalda a ningún cliente y podía observar perfectamente tanto la actividad del personal de sala como a los huéspedes que entraban. Sabía que el café y zumo que había pedido le llegarían de inmediato a su mesa, pero también que tendría que levantarse varias veces para saludar a clientes conocidos.

Mientras saboreaba el cargado café hizo un somero repaso de lo que le iría deparando la jornada. En quince minutos empezaría una reunión con todos los jefes de departamento, para analizar el fin de semana y estudiar los eventos de la semana entrante. Al terminar la reunión, efectuaría un examen a conciencia con la gobernanta y el director de comida y bebida de prácticamente todos los rincones del hotel. Era consciente que esta era la única manera que el hotel se mantuviera en perfectas condiciones. Él, como los antiguos generales romanos, debía estar siempre en primera línea. Sabía que ese era el secreto para ganarse el respeto de todos ellos. Sus largos años de experiencia le habían enseñado que el cargo te lo pueden dar, pero el respeto te lo tienes que ganar

tú sólo y mantenerlo día a día ya que como dicen en la Guardia Civil refiriéndose al honor, una vez perdido, ya no se recupera nunca.

Salvador había empezado en la profesión desde muy abajo, treinta años atrás. Con quince años era botones de un hotel que entonces tenía bastante buena imagen en la ciudad. Se enamoró de su trabajo desde el primer día. Sus jefes se fijaron inmediatamente en ese chico tímido, voluntarioso e inteligente que a todas luces, como decía Napoleón, llevaba el bastón de mando en la mochila.

Poco a poco fue recorriendo todos los departamentos del hotel, al mismo tiempo que iba ascendiendo de categoría. A los veintidós años era el jefe de personal más joven de la hostelería madrileña. Eso sí, trabajaba una media de doce horas diarias. Media que no consiguió rebajar ya nunca más. Sabía que estaba sacrificando su juventud, pero no le importaba. Se consideraba una persona muy afortunada al poder realizar un trabajo que le llenaba por completo. Su profesión, entre otras cosas, le permitía acceder a personas admiradas por toda la sociedad y que él tenía el privilegio de tratar personalmente.

Su primera dirección le llegó a los veinticinco. Desde luego no fue en el Ritz, pero en aquel pequeño hotel del extrarradio adquirió el rodaje necesario para empresas mayores. Allí fue donde descubrió por primera vez la soledad del cargo. Entendió que a partir de entonces estaría siempre sólo en su puesto. Para los propietarios para los que trabajaba era simplemente un mero administrador, casi un mayordomo de alto nivel. Sin embargo el personal que tenía a su cargo le consideraba parte de la propiedad, con lo

que su posición era muy inestable, siempre moviéndose en el filo de la navaja.

Salvador, padre de un hijo adolescente, se había divorciado hacía tres años. Desde entonces se volcó aún más en el trabajo. Tuvo por supuesto nuevas relaciones, pero siempre eran muy esporádicas. A veces algún nubarrón se cernía sobre su cabeza cuando el sueño se le resistía, pensando que estaba tirando su vida a la basura, sacrificándola por una profesión que, estaba seguro, no tendría piedad de él cuando ya no le necesitase.

Saltó como un resorte de su silla cuando vio aparecer en el salón a Noelia Palacios. Venía acompañada de su marido y su entrada hizo que los comensales que ya casi llenaban la sala se volvieran de inmediato a mirarla.

Noelia Palacios, la gran figura de la lírica mundial tenía casa en Madrid, pero cuando tenía que venir por sólo uno o dos días a la ciudad prefería alojarse en un hotel en vez de reabrir su piso.

Cliente habitual del Ritz, Noelia cambió al Atheneum cuando Javier Gallardo, el comisario que manejó con tanto éxito el archiconocido secuestro de ella, le presentó en una cena a Salvador, con quien el comisario mantenía una cálida amistad.

Noelia no estaba de buen humor. De hecho aunque sólo había pasado poco más de un año desde su secuestro, seguía manteniendo esa frialdad rayando en la soberbia que siempre la había caracterizado. Saludó a Salvador cuando este se acercó a ella y antes que pudiera hablar se dirigió a él.

—Ya sabes el cariño que te tengo, Salvador, pero no voy a permitir más que tenga que esperar dos minutos ¡dos

minutos! a que el agua de mi baño salga a una temperatura adecuada para que me pueda duchar. Espero que no vuelva a suceder.

Salvador hizo de tripas corazón. Conocía perfectamente los arranques de divismo de Noelia.

—Tomo buena nota, Noelia. No volverá a suceder. Por lo demás, ¿estás cómoda en tu suite?

—Sí —hizo una mueca que quería ser una sonrisa—. Por cierto, gracias por las flores.

Salvador volvió a su mesa. Allí le estaba esperando Roberto, su camarero favorito para preguntarle si quería tomar otro café. Salvador negó con la cabeza y observó como Roberto desaparecía. Roberto… Aún no podía creer que existieran personas como él. Trataba con un cariño exquisito tanto a sus compañeros como a sus jefes y los clientes. Todo el mundo le adoraba. Era muy difícil entender el Atheneum sin su presencia. Roberto, casado con dos hijos, pertenecía a una congregación religiosa protestante y daba la impresión de tomarse su trabajo como un apostolado. Siempre tenía una palabra agradable y lo más importante, una acción agradable. Aún se corría la voz de lo que había sucedido hacía dos años, cuando falleció el padre de Jesús del Pino, su inmediato superior. Varios meses después del fallecimiento a cuyo entierro acudió Roberto, empezaron a aparecer flores frescas en la tumba del fallecido. Jesús preguntó a su única hermana si las estaba llevando ella. Ante su negativa, los dos quedaron perplejos. Accidentalmente descubrieron poco después que quien realmente las llevaba era Roberto. Al interrogarle Jesús, lo confirmó, diciendo que era su manera de expresar el agradecimiento y cariño que sentía por su jefe.

Salvador terminó el zumo y salió del salón, no sin antes asegurarse de que el bufé se mantenía impecable y saludar a varios clientes conocidos.

Cuando atravesaba el hall en dirección a su despacho se cruzó con Amelia que caminaba apresurada y se paró a saludarla. Le caía muy bien Amelia. Era una gran profesional que hacía que su trabajo como director fuera más sencillo y de paso más agradable.

—Buenos días Amelia, ¿dónde es el fuego?

—Perdone, don Salvador. La reunión empieza en quince minutos y aún tengo que dar instrucciones al personal de limpieza del hall.

Salvador se fijó detenidamente en el buen color de la cara de su gobernanta.

—La veo fenomenal, Amelia. Parece que alguien la está tratando muy bien…

Lo que a todas luces era una broma del director causó un efecto inmediato en Amelia. Enrojeció vivamente y contestó tartamudeando. «Eso es que usted siempre me mira con buenos ojos».

Salvador se despidió de ella y continuó su camino, bastante sorprendido por la reacción de ella. Archivó el dato en su cerebro. No era normal que Amelia, siempre tan segura de sí misma perdiera la compostura de esa forma. Como director del hotel, una de sus obligaciones no escritas era velar por el equilibrio emocional de sus colaboradores. Si ese equilibrio se rompía, sin duda repercutiría en su trabajo, y por tanto en el hotel que dirigía.

Paró un momento en la recepción donde pidió ver la relación de llegadas. Efectivamente, ya había cinco futuros huéspedes esperando habitación. Detrás del mostrador es-

taba un botones manejando uno de los ordenadores. Era una costumbre habitual que a los botones más aventajados se les permitiera ir practicando en recepción, a fin de que estuviesen preparados de cara a un posible ascenso. En este caso era Ramón Buendía el agraciado. Ramón, todo el hotel lo sabía, era el ojito derecho del director. Quizá porque en él Salvador se veía a si mismo treinta años atrás. Ramón, de manera profesional, sólo hizo una inclinación de cabeza cuando Salvador le saludó.

Cuando llegó a la sala de reuniones para el *briefing* ya estaban todos los puestos ocupados. A su derecha, Carlos del Valle, jefe de recepción y subdirector "*in pectore*" ante cualquier ausencia de Salvador. A su lado, Amelia, todavía sofocada por el encuentro que acababa de tener. Le seguía Francisco Pérez, jefe de mantenimiento. En el otro lado de la mesa se encontraban Jesús Del Pino, Manuel de Andrés, jefe de Cocina y Rubén Moral, jefe de administración. Todos sabían que Salvador quería reuniones rápidas y eficientes. En esa mesa cada uno no solo podía, sino que estaba obligado a decir lo que pensaba de verdad de cada tema que se abordara, sin miedo a ninguna represalia posterior. Sabían que aunque normalmente saltaban chispas, en el fondo era como una "tabla redonda" en la que nadie mandaba más que nadie. Salvador procuraba mantener encendida la llama del debate, sabiendo que el cambio de impresiones, por muy acalorado que fuera acabaría mejorando la calidad del servicio. Notó nada más sentarse que el ambiente estaba muy tenso.

—Aunque vuestras caras deberían estar alegres por los datos de producción que he visto esta mañana, parece que la guardería está revuelta hoy —bromeó—. Ya sabéis que siempre

quiero primero las malas noticias, así que empecemos por ellas.

Ante el silencio general, fue Carlos del Valle el que tomó la palabra.

—Lo siento, Salvador. Ha vuelto a pasar.

No necesitó decir nada más. Salvador ya sabía a qué se refería. Desde hacía cuatro meses se estaban produciendo sustracciones en las cajas de seguridad de las habitaciones. Sucedía cada diez o quince días y el método era siempre el mismo. Un cliente bajaba a recepción para denunciar que le había desparecido parte del dinero que guardaba en la caja de seguridad. Nunca desaparecía el total depositado. Los robos rondaban entre los novecientos y tres mil euros. El ladrón no dejaba ningún tipo de huellas. Al principio pensaban que eran denuncias falsas de los clientes para cobrar posteriormente el seguro, pero la repetición del "modus operandi" les convenció que tenían entre manos una de las pestes más temidas en los hoteles: había un ratero que con toda seguridad pertenecía a la plantilla. Todos los controles de llaves electrónicas que habían hecho en las cerraduras informatizadas de las habitaciones habían dado resultado negativo. Los empleados que habían entrado en las habitaciones tenían un buen motivo para ello y además, al cuadrar los casos no quedaba aislado ningún empleado del que poder sospechar.

Salvador suspiró. Lo menos importante era la cantidad sustraída, fácilmente recuperable por el alto seguro contratado por el hotel. Era la imagen de éste la que más sufría con estos hechos. Muchas veces no se conseguía calmar al cliente y éste terminaba contando el hecho en las redes sociales, con el terrible impacto negativo que eso suponía para el prestigio del hotel. Salvador sabía que vivían en

una aldea global y que una reclamación que hace quince años se saldaba con una carta a la dirección o como sumo a la redacción de un periódico, actualmente tenía un eco imposible de evaluar. Salvador sentía escalofríos cuando recordaba lo que le pasó a un hotel de la más alta categoría de la misma ciudad, cuando un empleado hizo un comentario jocoso acerca de un parapléjico norteamericano, pensando que no le entendía. Desde la misma silla de ruedas y utilizando su smartphone el aludido mandó un tweet a su cuñado, a la sazón presidente del comité paralímpico de los Estados Unidos. Una hora después el mensaje se había retuiteado a… cuatro millones y medio de personas. El hotel en cuestión tuvo que pedir de inmediato excusas y despedir al empleado, pero el daño ya estaba hecho.

En el caso del Atheneum, no era la primera vez que detectaban un ladronzuelo entre el personal, pero siempre tardaban poco en desenmascararle, ya que normalmente eran casos de personas jóvenes necesitadas de dinero rápido para droga, lo que les hacía cometer errores con facilidad. Esta vez Salvador sabía que no sería tan sencillo. Quien quiera que fuese tenía acceso a las claves de seguridad de las cajas fuertes y una discreta investigación que se había hecho entre los que las poseían, había dado resultado negativo. Además, sabía que estos casos atacaban la línea de flotación de la moral todo el personal directivo, al temer cada uno que el ladrón perteneciera a su departamento.

Salvador se dio por enterado y pasaron a revisar las visitas y actos más importantes previstos para la semana que entraba. Salvador comentó la incidencia de Noelia Palacios, aun sabiendo de antemano la respuesta del jefe de servicio técnico; era imposible garantizar el flujo inmedia-

to de agua caliente en todas las habitaciones si más del ochenta por ciento de ellas usaban el servicio de ducha al mismo tiempo. Aun así, conociendo a Noelia, seguro que los dos minutos que había reportado no serían más de treinta segundos.

Para alegrar el ambiente, Carlos del Valle comunicó que se había recibido la reserva de Malala Yousafzai, la recientemente galardonada premio Nobel de la Paz. Llegaría el día 23. Esa misma noche habría una cena de gala en su honor en el hotel organizada por Unicef. Se esperaba la asistencia de la Reina, presidenta de honor de Unicef, así como de diferentes personalidades del mundo de la cultura, ministro incluido. El mismo día 23 habrá un almuerzo, esta vez de menos personas, organizado por la comunidad judía de Madrid. Acudirá el embajador de Israel. Jesús del Pino comentó que se había recibido la confirmación de la cena de gala de los periodistas destacados en el Congresos de los Diputados para el día 22, tres días antes de Navidad. Ese evento se lo habían "robado" al Palace y otorgaba bastante prestigio al hotel, ya que acudían representantes de los partidos parlamentarios, algún ministro y hace dos años incluso se acercó durante unos minutos el presidente del gobierno.

—Muy bien —apuntó Salvador—. Vamos a tener que meter en nómina esos días a los expertos de seguridad de la policía, porque no van a dar abasto. Y si no recuerdo mal, en el transcurso de un mes vamos a tener aquí dos premios Nobel de la Paz, ya que Al Gore viene a primeros de Enero.

Diez minutos después levantó la reunión y salió de la sala charlando con Amelia, dispuesto a empezar la revisión semanal de las instalaciones. La gobernanta parecía más

calmada, hasta que se cruzaron en un pasillo con Abdul, que al pasar a su lado, masculló un saludo. Amelia se lo devolvió claramente nerviosa. «Algo raro está pasando» pensó Salvador. Él se conocía muy bien y sabía que este dato iba a archivarse en su cerebro en la misma carpeta donde había colocado el nerviosismo anterior de Amelia. Pero desde luego, desestimó el primer pensamiento que se le vino a la cabeza, un posible flirteo entre Abdul y Amelia. Aparte de su poco agraciado físico, Abdul tenía un carácter taciturno que le impedía hacer amigos en la plantilla. Era considerado como un "bicho raro" por los demás empleados. «Cada cosa a su tiempo», pensó Salvador y tomó con Amelia el ascensor que les subiría hasta la terraza del edificio, desde donde iniciarían la revisión del hotel.

III

A las diez de la mañana el Atheneum había alcanzado ya su velocidad de crucero. A pesar de ser un hotel de mediano tamaño, el ratio de personal estaba por encima de la media para un cinco estrellas gran lujo: dos empleados por habitación. Esto era debido al altísimo movimiento que había diariamente en los diferentes restaurantes y bares del hotel. Las ciento ochenta personas que componían la plantilla pertenecían a multitud de nacionalidades, predominando los procedentes de América Latina y países eslavos.

Los proveedores hacían ya cola a esa hora ante la puerta de servicio para depositar las mercancías necesarias para abastecer los más de seiscientos menús que estaban previstos para hoy. Los dos bares del hotel despacharían cerca de sesenta botellas de champán, mil doscientas coca colas, cuatrocientas tónicas y más de cincuenta botellas de diferentes destilados. Eso sin contar con las doscientas botellas de vino que requerirían los menús a servir en el restaurante principal del hotel y en los diferentes eventos que había previstos en la agenda de día.

Ramón, el "niño bonito" del director, había salido ya de recepción y se dedicaba a ayudar con el equipaje a los clientes que entraban y salían del hotel. Ramón se sabía

querido y apreciado por todo el personal. Su aspecto serio y profesional había calado hondo entre sus compañeros y sus jefes, que confiaban en él plenamente. Notó como el bolsillo derecho de su pantalón empezaba a pesar. En las tres horas de servicio que llevaba ya había conseguido, según el rápido cálculo mental que hizo, más de sesenta euros. Raro era el cliente que no le premiaba con un mínimo de dos o tres euros por cada equipaje que subía o bajaba. Sonrío satisfecho. Si el día continuaba así, podría ganar perfectamente más de ciento cincuenta euros. Sabía que esa no era la media normal, que estaría sobre los ochenta o noventa, pero noventa euros multiplicado por los veintiún días de trabajo que tenía un mes, aproximaba sus ganancias sólo en propinas a cerca de dos mil euros. Limpios. Libres de impuestos. A lo que tendría que añadir los mil provenientes del salario que percibía. Total, tres mil euros. Cantidad que superaba con creces las ganancias de muchos jefes de departamento. Ese era uno de los motivos por lo que los botones se apalancaban en su posición sin ningún interés en promocionarse. Pero Ramón consideraba su paso por el puesto simplemente como una etapa más en sus aspiraciones, que desde luego no eran continuar en una profesión donde se había percatado de que a lo máximo que podría aspirar era a ser un lacayo de mayor o menor grado de los privilegiados a los que tenía que servir. Él quería estar al otro lado de la película. Y nada le iba a detener hasta que lo consiguiera. En la noche anterior había dado otro pequeño paso para lograrlo: en su casino virtual favorito, 888bet, había ganado mil novecientos euros jugando al *Omaha hold´em*, una variedad del póker en la que se había especializado. Se pasaba horas encerrado en

su cuarto conectado al casino. Sus padres le habían dejado por imposible, imaginando que algo extraño pasaba con su hijo, pero callando ante los mil quinientos euros que Ramón, cada mes, con sus solo diecisiete años aportaba a la economía familiar.

Cierto que a menudo las partidas no salían como él quería, pero no le preocupaba. Estaba convencido de que cualquier noche daría el petardazo y "haría saltar la banca" del casino virtual. Y para cubrir las pérdidas pasajeras siempre tenía el recurso del hotel. Y ese recurso no era precisamente pedir un anticipo en el departamento de administración. Para eso estaban los clientes, que a través de las cajas de seguridad de sus habitaciones le reportaban el importe suficiente para recuperarse. Volvió a sonreír al recordar lo fácil que le había resultado descubrir el método que le permitía acceder con tanta facilidad al interior de las cajas. Pero sabía que lo que realmente le hacía inmune a cualquier sospecha, era su reputación de chico formal y cumplidor y además sabía que Salvador Cano siempre estaría ahí para responder por él.

Al ver que un cliente salía de uno de los ascensores portando una maleta y un bolso de mano se acercó raudo, tomándole la maleta y el bolso antes de que el cliente pudiera reaccionar. Su sonrisa le desarmó cuando iba a protestar. Ramón le preguntó si deseaba un taxi mientras le acompañaba a la puerta.

Abdul ya había terminado la reparación del termostato del salón cuando vio como la comitiva de los directivos del hotel salían de la sala donde se habían reunido. Al cru-

zarse con Amelia y el director, disfrutó al observar como ella empezaba a enrojecer al acercarse él. «Furcia infiel —masculló—. Ya llegará tu hora, y no falta mucho». Amelia no era tonta y Abdul sabía que ella no necesitaba más que sumar dos más dos para darse cuenta de que las posibilidades de que el fuera conocedor de su aventura con Akín era muy grandes.

Ella era consciente de la amistad que unía a los dos nigerianos y a pesar de que Akín le había jurado que no le había contado nada, no podía evitar cada vez que cruzaba la mirada en el hotel con el desagradable renco, tener la convicción de que algo sabía, seguramente porque ya no bajaba los ojos cuando se dirigía a darle alguna orden, como hacía antes. Ahora se limitaba a mirarla con sorna, fijando insistentemente la mirada en el abundante pecho de Amelia.

Abdul pasó por la sala que acababan de abandonar los directivos y al verla vacía desplegó la escalera portátil que llevaba, situándola debajo de uno de los focos centrales de la sala. Se subió a la escalera y empezó a manipular la lámpara cuando entro un maître. «¿Algún problema?» preguntó.

—No problema, jefe —contestó en un deficiente castellano, a pesar de los dos años que llevaba ya en el país—. Roto foco y yo cambiando.

—Muy bien pero dese prisa. Hay que volver a montar esta sala. Dentro de dos horas hay una reunión de consejo.

—Tranquilo tú, jefe. Sólo dos más minutos.

El maître salió, dejando de nuevo a Abdul sólo. Extrajo el foco de su sitio e introdujo la mano por el hueco que este había dejado. A apenas cinco centímetros, incrustado

en el bajo techo su mano encontró un diminuta cámara que aprovechando un minúsculo agujero grababa todo lo que ocurría debajo. Cambió la batería de la cámara y la tarjeta de memoria, volviendo a colocarla en su sitio. Colgó de nuevo el foco y se aseguró de que la abertura por donde grababa la cámara no quedara obstruida y siguiera pasando desapercibida. Guardó la batería y la tarjeta de memoria en el bolsillo de la camisa, recogió la escalera y salió del salón.

Daniel Ruiz-Mansilla, el flamante nuevo ministro de Interior del gobierno español, traspasó la puerta automática del Atheneum seguido por dos guardaespaldas. Cruzó con ellos el hall hasta la zona de ascensores. Una vez allí ordenó que le esperasen mientras bajaba al *Spa* del hotel, donde había hecho reserva para sauna y masaje. A la una tenía que comparecer en el congreso, por lo que disponía de un par de horas. Entró en el amplio y moderno recibidor del *Spa*, cuya recepcionista le suministró una toalla, zapatillas y un pequeño *slip*. «Dígale a Federico que llevo bastante prisa, hoy no tomaré sauna».

Después de cambiarse en el vestuario, se dirigió al reservado que le había indicado la recepcionista, donde sólo tuvo que esperar un minuto a que apareciese Federico.

Federico, fisioterapeuta de gran reputación en Madrid, llevaba varios años dando masajes casi semanales a Ruiz-Mansilla, prácticamente desde que este obtuvo su acta de diputado en las últimas elecciones. «Buenos días don Daniel», se anunció.

El ministro, que se había tumbado boca abajo en la camilla le contestó sin mirarle.

—Hola Fede. Tengo mucha prisa. En media hora tengo que estar fuera. «No se preocupe, don Daniel, abreviaré. Por cierto, no le he felicitado por su nombramiento».

Treinta y cinco minutos después, Ruiz-Mansilla se había ya cambiado y pagado el importe del masaje. Llamó al ascensor y una vez dentro pulsó el cuarto piso, mientras rogaba que el ascensor no se detuviera en la planta baja. Suspiró cuando los diodos de la pantalla cambiaron el cero por el uno. Se le hicieron eternos los pocos segundos que transcurrieron hasta que el ascensor se detuvo en la cuarta planta. Salió al descansillo con el corazón en un puño. Miró a su derecha y su izquierda. El pasillo estaba desierto. Solo se atisbaba a ver en la lejanía un aparentemente abandonado carro de servicio de camarera. Este estaba en dirección contraria a donde debía ir. Giró hacia su izquierda y se paró cuando llegó a la habitación 432. Hizo caso omiso del cartel de "No molestar" que colgaba del pomo. No llamó al timbre. Dio cuatro toques rápidos con los nudillos y no tuvo que esperar mucho. La puerta se entreabrió y un brazo desnudo tiró de él hacía dentro. El mismo brazo cerró la puerta y tomando la nuca del ministro le atrajo hacia sí fundiéndose en un interminable beso en la boca. A los dos les costó separarse. El ministro notó como unos dedos empezaban a desabrocharle el cinturón.

—Has tardado mucho, ministro.

—No me lo recuerdes. Te puedo contar los segundos que llevo esperando este momento.

Ruiz-Mansilla se vio empujado hacia la cama, ya casi desnudo y sintió ganas de llorar de gozo, sabiendo que en la próxima hora, Rafael de Utrera, el triunfador del último San Isidro, no podría escaparse de sus brazos.

Setenta minutos después, Ruiz-Mansilla bajó al hall del hotel, donde los guardaespaldas ya le esperaban cerca del ascensor con aspecto preocupado. Les hizo una inclinación de cabeza y se dirigió con paso rápido hacia el vecino edificio del Congreso. Por dentro daba saltos de alegría. Todo había salido bien. Era consciente del peligroso enganche que tenía con el torero pero pensó que la fortuna le había puesto cerca de uno de sus centros de trabajo el lugar ideal para tener sus encuentros clandestinos. Había pedido a Rafael que cambiara su hotel de siempre en Madrid, el Wellington, por el Atheneum. Su presencia en este hotel siempre estaría justificada por la proximidad al Congreso y su fidelidad a Federico. Eso sí, antes se había asegurado discretamente de que como en la mayor parte de los hoteles de lujo, en los pasillos de las habitaciones no existieran cámaras de seguridad, al objeto de mantener la privacidad de sus huéspedes. No dio ninguna importancia a la camarera de agraciados rasgos andinos con la que se había cruzado al poco de salir de la habitación. Con toda seguridad no le había reconocido y además no creía que hubiera visto de que puerta salía. Un pequeño estremecimiento le recorrió el estómago al pensar en Rafael. Se había enamorado como un adolescente.

VI

Desde luego, Patricia Quispe no era ni por asomo la más avispada de sus siete hermanos. Nacida hace veintidós años en uno de los suburbios de Lima, a los doce ya acompañaba a su padre por las calles sin empedrar del Cerro de San Cristóbal, acumulando todo tipo de chatarra en un carrito manual para ayudar a sobrevivir a su familia dentro del caos y degradación que suponía pertenecer a una de las zonas más deprimidas de la capital peruana. Su golpe de suerte vino cuando Pedro, su hermano mayor, que había emigrado ilegalmente a España, consiguió a través del matrimonio con una madrileña la nacionalidad española. Conocedor Pedro de las pocas luces de Patricia y sabiendo que su atractivo físico harían de ella carne de cañón para los traficantes de drogas y prostitución que pululaban por todo Perú, en cuanto pudo le consiguió una visa de turista y un billete en una compañía *low cost*.

Una vez en Madrid le acogió en su piso de Getafe, donde convivía con su esposa española y sus dos hijos. A través de un contacto de su mujer, le encontró colocación en una empresa de trabajo temporal como limpiadora.

En el Atheneum, como en la mayor parte de los hoteles de lujo, la plantilla de camareras era fija, pero cuando ha-

bía bajas o periodos de muy alta ocupación el departamento de recursos humanos debía recurrir a personal externo.

Patricia, guapa y educada, fue escogida entre las limpiadoras que ocasionalmente acudían al Atheneum a realizar sustituciones de camareras. Ella estaba encantada cuando la llamaban. Había una gran diferencia entre limpiar váteres en la Estación Sur de autobuses a moverse en el ambiente de lujo del hotel. Allí hasta los retretes olían mejor, o eso le parecía a ella.

A la una y media de la tarde, Patricia, acompañada por una de las camareras "fijas" (a las temporales no las permitían trabajar a solas en las habitaciones), ya había limpiado más de 18. La subgobernanta les ordenó recoger los carros de limpieza y bajar al comedor a almorzar. Patricia respiró encantada. El comedor de personal del Atheneum no tenía nada que envidiar a muchos restaurantes económicos españoles y podía superar a bastantes de los denominados de lujo de su Perú natal. El primer turno, que había entrado media hora antes ya había abandonado el comedor dejando su sitio al segundo. En el bufet había tres primeros platos y tres segundos para elegir, además del postre. Lo único que tenían que abonar a un precio casi testimonial era la bebida, si no querían beber de las jarras de agua dispuestas en las mesas.

Patricia tomo una bandeja y la rellenó con macarrones y un filete empanado. Fue a sentarse en una de las ocho mesas del comedor, la más cercana al televisor de plasma que dominaba la estancia. En la misma mesa, otras dos camareras, un recepcionista, Ramón Buendía y Abdul habían empezado ya a comer. Poco después de sentarse apareció Roberto, el camarero, que educadamente pidió permiso

antes de sentarse al lado de Abdul, que había quedado aislado en una de las esquinas de la mesa. Patricia estaba dando fin a sus macarrones cuando señaló el televisor con el dedo y se dirigió a sus compañeros de mesa; «¡acabo de ver a ese señor en el hotel!». Todos volvieron la vista a la televisión, donde, en directo, un político se dirigía a los parlamentarios en el hemiciclo del vecino Congreso. A todos les resultaba familiar, pero el recepcionista, Eduardo Araujo no pudo reprimir sus ganas de hacerse notar. «Es Ruiz-Mansilla, el nuevo ministro del interior».

—Pues sí que ha tenido que darse prisa —dijo Patricia—, porque ahí pone que esto es en directo y le acabo de ver hace un rato salir de la habitación 432.

—Imposible—continúo ampuloso Eduardo—. La 432 está ocupada desde ayer tarde por Rafael de Utrera, el torero. Yo mismo le formalicé el registro.

Roberto intervino en la conversación. «Sea lo que sea no es nuestro problema, bastante tenemos con procurar que nuestro clientes estén bien atendidos».

Otra de las camareras, ya bastante veterana intervino riendo.

—Desde luego Roberto lo tuyo no tiene remedio. Eres tan buena persona que si hubieras nacido hace sesenta años seguro que te hubieran llevado a la "Operación Plus Ultra".

Nadie en la mesa entendió la broma, reservada sólo para los mayores de cincuenta años que hubieran oído hablar del legendario programa de la cadena Ser que premiaba a niños que se hubieran destacado por algún tipo de acción humanitaria. Después de un corto silencio, la misma camarera encaminó la conversación hacia la cantidad de trabajo que llevaban en los últimos días. Abdul que había per-

manecido callado durante toda la conversación, no había perdido ni un detalle de ésta. Su dominio del castellano era mucho mayor que lo que su cómico acento y construcción de frases quería aparentar. Tomo nota mental de todo lo escuchado. Fue el primero en levantarse de la mesa. Dejó la bandeja en la zona de lavado y se dirigió al cuarto de mantenimiento. Su jefe estaba ausente. Sin llegar a sentarse en la mesa de éste, manipuló el ordenador y entró en el programa de gestión del hotel. Allí comprobó que efectivamente la 432 había sido ocupada el día anterior pero por un apellido distinto al que había dicho el recepcionista. Figuraba como Rafael de la Fuente Heredia. Abandonó el programa de gestión y entro en internet. Rápidamente comprobó lo que esperaba: el nombre y los apellidos pertenecían al diestro sevillano. Salió apresuradamente del cuarto y escribió en una libreta el nombre del político y el del torero. El día no podía estar resultando mejor, pensó. Estaba deseando llegar al piso que compartía con otros dos nigerianos en el barrio de Lavapiés, descargar en su ordenador la tarjeta de memoria que tenía en el bolsillo de la camisa y enviar esos datos a una anónima cuenta de correo de Yahoo. Sabía que no tardarían en conectarse desde Abuya a esa misma cuenta para descargar los informes. Incluiría también la historia que acababa de conseguir respecto al ministro y el torero. No sabía si podría tener valor, pero sus instrucciones eran bien precisas: en caso de duda manda siempre la información.

Amelia se consumía contando los minutos que faltaban para terminar su turno. Ni siquiera la enorme tarea que

suponía mantener la imagen y limpieza de un hotel con tal alta ocupación conseguía apartar de su pensamiento a Akín. A la hora de comer no pudo coincidir con él, ya que los directivos del hotel tenían un comedor aparte. Pudo a duras penas contener el "mono" que le acuciaba asomándose a uno de los balcones que daban a la plaza de las habitaciones que estaba repasando. Al bajar la mirada, allí le vio, erguido y sonriente, saludando con ligeros toques en su gorra a los clientes que cruzaban la puerta. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no chistar desde el balcón al objeto de que él la mirase. Después de comer continuó con su cometido. A pesar de que sus tres subgobernantas revisaban el trabajo de las limpiadoras antes de dar libres las habitaciones, ella tenía como prurito personal revisar aleatoriamente algunas de ellas y si podía, todas las consideradas "vips", denominación que el director odiaba, ya que siempre les recordaba que estaban en un hotel de lujo; todos los clientes pagaban a la salida y deberían recibir el mismo y exclusivo tratamiento. Pero ella revisaba la lista de alojados cada día en su pequeño despacho y marcaba los clientes habituales, así como los que Carlos del Valle, el jefe de recepción, le había recomendado que cuidara con especial atención. Entre ellos estaban, por supuesto Noelia Palacios y Rafael de la Fuente, cuyo nombre nunca hubiera asociado con el torero si no fuera por la información que le había pasado Carlos.

Cuando la subgobernanta de área la contactó por el *walky* para informarle que ya habían quitado el cartel de "no molesten" en la 432, subió a comprobar que todo estaba en orden. La subgobernanta la estaba esperando en la habitación, cuyo baño la camarera ya había empezado a

limpiar. En su listado figuraba que la habitación había sido registrada como individual, pero el ojo experto de Amelia apreció en seguida que o al torero le había entrado el baile de San Vito o lo había pasado muy bien en la cama.

Había también una botella de champán semivacía en el suelo, dos copas de tallo alto en la mesilla y unos sospechosos restos de polvo blanco en el escritorio. «Anda que estoy yo para dar lecciones de moral» pensó, mientras echaba una mano a sus subordinadas para que todo quedara perfecto en la estancia.

Cuando salió de la habitación miró por enésima vez su pequeño reloj de pulsera: las tres de la tarde. Antes de dos horas estaría con Akín.

Para Salvador Cano la jornada apenas había superado el ecuador. Pero a partir de las cinco de la tarde el teléfono no sonaría con tanta asiduidad, permitiéndole dedicarse a la parte que más amaba de su profesión: el contacto con el cliente.

A Salvador se le podía acusar de cualquier cosa menos de burócrata. Le encantaba recorrer el hall por la tarde, dejándose ver por los clientes y charlando con ellos, sabedor que una vez estos habían acabado sus gestiones en la ciudad eran mucho más receptivos a comentar con él su estancia en el hotel.

Sentado en uno de los sofás frente a la recepción, contestaba el correo en su iPad, mientras intentaba controlar todo lo que sucedía a su alrededor. Observó incomodo como una de las estudiantes en prácticas de la carrera de turismo, que estaba parapetada tras el mostrador de re-

cepción no le perdía de vista. Apartó como pudo de su mente el amargo recuerdo que le trajo las miradas de la chica. Hace algunos años, estando aún casado, estuvo a punto de tirar por la borda toda su carrera al caer en las redes que le tendió otra becaria, tan hermosa como inconsciente. No fue capaz de resistirse a la atracción de la chica y admitió el flirteo con ella, hasta el punto de ofrecerle verse fuera del hotel. Le invitó a cenar y la chica aceptó con entusiasmo. Salieron varias veces más y lo que al principio eran simples conversaciones y consejos que Salvador le daba para progresar en su profesión, pasaron a intimidades sobre sus personas. Las palabras dieron paso a los hechos y una noche después de cenar ella le ofreció subir al apartamento que compartía con otra estudiante, que ese día estaba fuera de la ciudad. Salvador no fue capaz de resistirse y subió. Los veinticuatro años de ella se mostraron en todo su esplendor cuando se fue desnudando y le atrajo hacia el sofá-cama que había en el pequeño salón. Al regresar a su casa se dio cuenta que se había metido en un buen lío. Pero es muy difícil resistir la tentación cuando esta se instala en el mismo lugar donde tienes que pasar más de doce horas al día y a Raquel, así se llamaba la muchacha, aún le quedaban tres meses de prácticas. Esta dio saltos de alegría cuando Salvador le comunicó que en un par de semanas tenía que ir a Londres por negocios y que la invitaba a acompañarle. Salvador sacó billetes para los dos y unos días antes del viaje quedó con ella para organizarlo todo. Ante su sorpresa, Raquel se mostró malhumorada y agresiva. Perplejo, Salvador le preguntó la causa, y para suerte de él su contestación tuvo un efecto de choque que sirvió para despertarle del sueño tan peligroso que estaba viviendo.

—¿Cómo quieres que esté? Ayer hizo un mes que estamos saliendo y no te has acordado. Seguro que eso no te pasa con tu mujercita…

Salvador rompió inmediatamente con ella. Durante varios días vivió angustiado esperando algún tipo de venganza de ella, pero ésta no se produjo, a excepción de las miradas furibundas con que le fulminaba cada vez que se cruzaba con él por el hotel. El resto de personal o bien no detectó nada o él no se enteró de ello. Lo que si se le quitaron fueron las ganas de jugar con fuego. Sabía que había tenido mucha suerte y que no siempre sería así.

Volvió a la realidad mientras se levantaba para saludar a uno de los huéspedes que le había reconocido. Observó mientras salía a su encuentro cómo Amelia ya sin uniforme entregaba unas llaves en el mostrador de recepción. Sus ojos se cruzaron un instante. Ella los bajó enseguida pero Salvador detectó en ellos un brillo que no había visto en los años que llevaban trabajando juntos.

Mientras acompañaba al huésped al bar se alisó el pelo con su mano derecha mientras miraba a Carlos del Valle. Éste entendió el gesto. Pasados quince minutos debería mandar un botones para anunciar al director que preguntaban por él en uno de los salones. Se sintió satisfecho mientras se acomodaba con el cliente en una de las mesas del bar. Hacía ya varios años que había decidido perder la vergüenza a la hora de sentarse con los clientes en el bar y pedía siempre agua. Recordaba tiempos pasados, cuando al terminar la jornada, echaba cuenta de las consumiciones tomadas y percibía que estaba al borde caer en el alcoholismo.

En el Atheneum, aparentemente todo funcionaba como un reloj suizo.

V

Akín Okafor había nacido hacía veintiocho años en Ekhor, una minúscula aldea a pocos kilómetros de Benín City, capital del estado de Edo y una de las ciudades más populosas de Nigeria. A ella se trasladaron huyendo del hambre los padres de Akín y sus cinco hermanos cuando éste apenas tenía un año. Dos de sus hermanos murieron antes de cumplir los cuatro años en una de las cíclicas epidemias de meningitis que azotan el África Occidental. Akín consiguió sobrevivir a una mortalidad infantil que en Nigeria superaba en 1990 el veinticinco por ciento de los menores de cinco años.

Se consideró afortunadísimo cuando con catorce años tuvo la suerte de encontrar un empleo como estibador en una compañía maderera. Se casó muy pronto, a los dieciocho, con una bellísima joven de su mismo clan. Vivía en alquiler en un barrio de mayoría cristiana a las afueras de Benín, en un pequeño piso donde tenía acogida a su madre y a uno de sus hermanas que no se había casado aún. Su padre había muerto en un accidente laboral antes que Akín hubiera cumplido los quince años. Los mil quinientos *nairas* que cobraba al mes (unos quince euros) le permitían, aunque con muchas estrecheces hacer frente

a sus obligaciones familiares. Blessing, su mujer, se quedó muy pronto embarazada y dio a luz dos mellizas que habían heredado la belleza de su madre y hacían que Akín se derritiera cada vez que las miraba.

Todos los domingos acudía con su familia a los actos que en la iglesia evangelista de la zona oficiaba un pastor inglés. Era muy feliz.

Pero esa felicidad se le desplomó de golpe cuando en medio de una ceremonia bautismal, miembros del grupo étnico norteño *Hausa Fulani*, atrancaron la puerta de entrada y a través de uno de los ventanales que habían destrozado introdujeron unos hachones de petróleo ardiendo que acabaron provocando un incendió que causó más de sesenta víctimas entre las trescientas personas que había dentro de la frágil capilla. Akín, ante el dilema más duro de su vida tuvo que elegir a quien intentar sacar primero de la iglesia. Blessing no le dio opción a decidir. Le obligó a tomar a una niña en cada brazo, empujándole hacia la puerta que otros hombres estaban ya intentando abrir. Ella misma tomó un niño de pecho que había quedado en el suelo e intentó llegar también a la puerta. No lo consiguió. La avalancha que se había producido le tiró al suelo, siendo pisoteada mientras el denso humo que se había formado en cuestión de segundos inundaba sus pulmones. Antes de perder el conocimiento pudo ver como Akín, con las dos niñas en brazos forcejeaba intentando escapar del infierno.

Akín alcanzó el enorme tapón que se había formado en la puerta cuando el humo empezaba también a asfixiarle. Pero su extraordinario físico le sirvió para hacerse valer entre la multitud y alcanzar la salida. Allí les estaban esperando con palos y cuchillos los atacantes. Aprovechó la

confusión y sin soltar a las mellizas escapó como pudo del campo de batalla en que se había convertido la explanada que había frente a la capilla. Corrió despavorido y con el corazón saliéndosele del pecho hasta que torció por un pequeño callejón donde dejó a las dos pequeñas. Les pidió que se estuvieran quietas allí y retornó a la explanada. Varias unidades de policía que acababan de llegar estaban intentando reducir a los atacantes que empezaban a recular. La capilla, construida en madera ya estaba ardiendo en su totalidad. Ningún coche de bomberos había hecho acto de presencia. Sin dudarlo se lanzó hacía las llamas que se atisbaban tras la derribada puerta y ya la estaba atravesando cuando se vio sujeto por dos policías que le impidieron entrar.

Tardaron varios días en poder identificar a todas las víctimas. De Blessing sólo quedó reconocible una pequeña cruz de plata casi derretida que la madre de Akín le había regalado el día de su boda.

La profunda fe cristiana ayudó a Akín a superar el terrible episodio. Las niñas quedaron al cuidado de la abuela mientras él acudía a realizar su jornada de doce horas a la maderera.

Las desgracias nunca vienen solas. La terrible crisis económica que asoló el mundo en 2008 no podía por supuesto dejar a Nigeria fuera. Su empresa, Forest Utilation Centre hizo una reducción del setenta por ciento de su plantilla. Akín se encontró sin trabajo, sin posibilidades reales de conseguir otro y teniendo que sacar adelante una familia de cinco miembros. Pero él no iba a permitir que quedaran en la indigencia. Como muchos nigerianos, había oído hablar de las posibilidades que se podrían abrir para

un hombre sano, con estudios elementales y trabajador en Europa. Habló con su madre, que le intentó convencer de que permaneciera con ellas. Pero la decisión estaba tomada. Vendió todo lo que era imprescindible de su casa, incluida la motocicleta de cuarta mano con la que iba todos los días a trabajar. Dejó el piso cuyo alquiler ya no podía pagar y regresaron todos a la angosta casucha que aunque en pésimo estado, aún conservaban en Ekhor. Entre lo que sacó y los pocos ahorros que Blessing mantenía escondidos tras un azulejo del baño consiguió recaudar el equivalente a trescientos cincuenta dólares. Miembros de su congregación evangelista le habían explicado cual era la mejor ruta para acceder a Europa. También le entregaron mapas y una gramática-diccionario francesa y otra española. En una mochila introdujo algo de ropa, guardó lo mejor que pudo el dinero y despidiéndose con lágrimas en los ojos de sus hijas, hermana y madre, les prometió que pronto volvería a por ellas.

Ni en sus peores sueños pudo imaginar Akín la pesadilla que le esperaba.

Necesitó tres meses para atravesar, casi siempre andando Níger, Argelia y llegar a Marruecos. En este último país, permaneció dos meses, viviendo amontonado en una tienda de campaña proporcionada por la Cruz Roja. Aprovechando una noche de temporal, saltó la valla que en Ceuta separaba Marruecos de España por una zona que estaba en obras. Fue interceptado por una patrulla de la Guardia Civil española que le obligó a volver a Marruecos. Desesperado, decidió no esperar más y se escondió en la localidad de Ben-Yunes, donde pactó con una de las mafias que controlaban el paso del estrecho un puesto en una andra-

josa patera a cambio de los ciento ochenta dólares que le quedaban. Tres noches después embarcó hacía Tarifa. En la actualidad, desde la perspectiva que le daba su diametralmente distinta situación, Akín aún se hacía cruces al pensar el milagro que supuso que semejante bañera llegase a la costa española sin incidentes. Nada más pisar tierra, mientras el casi centenar de compañeros de viaje se ponían de rodillas para agradecer a sus diferentes dioses el haber llegado a salvo, Akín salió corriendo para evitar la previsible llegada de las fuerza del orden españolas. Solo llevaba consigo la destrozada mochila con un par de pantalones, una camisa y los libros.

Evitó durante días el contacto con la población. No quería acabar en otro campamento de refugiados donde tendría muchas posibilidades de que le mandaran de vuelta a Marruecos. Decidió avanzar tierra adentro, alimentándose de los frutos que en el final del verano le ofrecían las arboledas próximas a los caminos vecinales por los que transitaba.

Este periodo del año se puso de su parte. Antes de llegar a Lebrija observó cómo trabajadores aparentemente subsaharianos se afanaban en la recolección de uva. Venció su aprensión y acercándose preguntó en inglés a un grupo de ellos si habría trabajo para él. Le entendieron perfectamente. Uno de ellos avisó al capataz, que después de un echar un rápido vistazo a Akín le preguntó si tenía papeles. Cinco meses de odisea sin nada con que entretener los momentos de descanso, le habían hecho aprenderse casi de memoria las dos gramáticas que llevaba consigo. Entendió bien la pregunta pero se limitó a negar con la cabeza. Al capataz le debió de gustar que no le mintiera o le contesta-

ra con evasivas y le dijo que podía unirse a la cuadrilla. Las ganancias de esos quince días le permitieron recuperarse lo suficiente para poder comprar ropa y calzado y llegar hasta Madrid, imaginando que en una ciudad tan grande le sería posible encontrar un trabajo que le permitiera regularizar su situación. No solamente no lo halló, sino que descubrió la desagradable experiencia de sentirse rechazado simplemente por el color de su piel o su fuerte acento. Tuvo que subsistir vendiendo bolsos de imitación en los aledaños de la Puerta del Sol, la calle Preciados o el parque del Retiro. Allí fue donde conoció a Rosa, una de las empleadas en la jardinería del parque, con la que empezó a trabar amistad. Rosa empezó por invitarle a tomar algún bocadillo en los kioscos del parque, para pasar a llevarlo a dormir ocasionalmente a su casa, aprovechando que su hija de veinte años, fruto de un matrimonio fracasado ya no dormía en el pequeño piso de San Cristóbal de los Ángeles.

Fue Rosa la que le encontró un trabajo para mantener jardines de chalets particulares en la zona de Rivas. Allí tuvo la fortuna de caerle bien al propietario de uno de ellos, militar de alto rango, que al enterarse de la falta de papeles de Akín, no solamente no le despidió sino que se brindó a legalizar su situación. La historia con Rosa terminó poco después, pero Akín ya se había adaptado a la ciudad. Con enorme satisfacción comenzó a enviar dinero a su madre, trabajando sin descanso y pensando en su sueño de poder traer lo antes posible a las mellizas.

Fue en una de sus visitas burocráticas a la embajada de Nigeria cuando a la salida fue abordado por una persona mal encarada, que cojeaba ostensiblemente y que le pidió fuego en un inglés con marcado acento nigeriano.

A Abdul no le costó mucho entablar conversación con Akín. A partir de ese día se veían ocasionalmente ya que Abdul insistía en invitarle a fiestas donde se degustaba comida nigeriana y de esta forma podía matar, por un lado la morriña que a veces le embargaba y por otro conseguía noticias de primera mano de su país. A pesar de ser el único cristiano en esas reuniones fue muy bien acogido por el resto. Sólo Abdul insistía en atraerle hacia el Islam. El recuerdo de la iglesia evangelista ardiendo y su profunda formación cristiana hacía que ni siquiera se planteara la cuestión. Aun así, Abdul siempre se portaba muy amablemente con él. A veces, cuando en su habitual soledad nocturna pensaba en Abdul, se avergonzaba del sentimiento de rechazo que experimentaba hacia el tullido. No era cristiano tener esos pensamientos, pensaba. Sobre todo con alguien que se estaba comportando tan bien con él.

Cuando Abdul le habló de la posibilidad de conseguirle un trabajo fijo de portero en el Atheneum, pensó que la deuda con él sería eterna. Seis meses después de empezar a trabajar en el hotel, su madre sufrió una embolia y falleció. Aunque las hijas habían quedado al cuidado de su hermana, decidió que las importantes propinas y el salario que recibía en el hotel le permitían, por fin, cumplir su gran sueño. Recordó como uno de los momentos más felices de su vida cuando vio aparecer a las pequeñas tuteladas por una azafata por una de las puertas de llagadas del aeropuerto Adolfo Suarez.

Se había comprado también un pequeño utilitario de segunda mano y había alquilado un piso con dos habitaciones para poder acoger a las pequeñas en el pueblo de Vallecas. Las niñas, que ya tenían nueve años podían acu-

dir a uno de los colegios públicos de la zona y su edad les permitía esperar solas a que su padre regresase del trabajo.

Akín también se había pasado el turno deseando poder ver a Amelia. En cuanto podía levantaba la mirada hacía los balcones, sin ningún éxito. A las cuatro de la tarde pasó el turno a su compañero, un mocetón vasco tan alto como él y marchó raudo a cambiarse. Una vez fuera del hotel enfiló la calle San Agustín y comenzó a callejear hasta llegar a una minúscula tasca situada cerca de la calle Atocha. Entró, se situó en la mesa más alejada de la puerta y pidió una cerveza. La vida se le antojaba maravillosa. Amelia entraría por esa puerta en unos minutos.